

Ortega y la ecología de Jacobo von Uexküll

* * *

Por Diego JORDANO BAREA

La curiosidad intelectual de Ortega le llevó a leer y a estudiar los avances biológicos más importantes de su época, recogidos en un libro de alta divulgación escrito por von Uexküll: el biólogo que más ha influido en sus ideas filosóficas. Ortega estudió a fondo el libro *Ideas para una concepción biológica del mundo* y lo consideró tan importante que fue traducido y publicado por la editorial de la *Revista de Occidente*, en 1921 (1). La ecología ha crecido tanto, desde entonces, que las ideas de Uexküll nos parecen simples y evidentes, pero a principios del siglo XX, considerar que un ser vivo no puede comprenderse sin su medio ambiente fue un cambio de posición muy importante. La investigación biológica se había ocupado de describir, comprender y analizar los organismos vivos. Cuando creyó muy avanzada esta ciclópea tarea comenzó a volver sus ojos hacia el medio ambiente y sus relaciones con los seres vivos. Uexküll concedió la debida importancia al hecho de que las aletas de un pez no pueden entenderse si no se toma en cuenta el agua en que el animal vive inmerso; ni el ala de un ave, sin el aire en que vuela.

Al ir cediendo la febril actividad centrada en la recolección, clasificación e investigación morfofuncional de ejemplares que iban llenando los museos, el medio (el gran olvidado de la biología) atrajo un número creciente de investigadores. Ortega, a través de Uexküll, captó inmediatamente la importancia de este cambio de perspectiva. En «Muerte y resurrección» (2) deja constancia de ello. De sobra conocemos el papel básico que Ortega concede a la circunstancia, pero parte de un saber científico de ecología pura. El mismo lo testimonia al decir: «La más reciente biología —con Roux, con Driesch, con Pavlov, con von Uexküll— comienza a corregir los métodos del siglo XIX en el estudio del fenómeno vital, buscando la unidad orgánica, no en el cuerpo aisla-

(1) Von Uexküll, J.: *Ideas para una concepción biológica del mundo*. Revista de Occidente, Madrid, 1921.

(2) Ortega y Gasset, J.: «Muerte y resurrección», *Apud obras completas*, 2.ª ed., t. 2; Revista de Occidente, Madrid, 1950, p. 149.

do frente a un medio homogéneo e idéntico para todos, sino en el todo funcional que constituyen cada cuerpo y su medio (1). La araña no se diferencia ante todo del hombre porque reacciona de manera distinta ante las cosas, sino porque ve un mundo distinto que el hombre. Y cuanto más profunda y personal sea en nosotros la actividad que realizamos, más exclusivamente se refiere a una parte del mundo, y sólo a ella, que tenemos delante de nosotros».

En las «Meditaciones del Quijote» (3) recalca esta relación birrecíproca: «La ciencia biológica más reciente estudia el organismo vivo como una unidad compuesta de cuerpo y su medio particular: de modo que el proceso vital no consiste sólo en una adaptación del cuerpo a su medio, sino también en la adaptación del medio a su cuerpo. Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo».

Ortega introdujo la ecología de su tiempo en su cosmovisión: «La vida, es esencialmente, diálogo con el contorno». La suposición de que existe un medio vital único, donde se hallan inmersos todos los sujetos vivientes, es caprichosa e infecunda. En cambio, la nueva biología reconoce que para estudiar un animal es preciso reconstruir antes su paisaje, definir qué elementos del mundo existen vitalmente para él: en suma, hacer el inventario de los objetos que percibe». En este momento, Ortega, con suma honradez intelectual cita expresamente el libro de von Uexküll, como fuente de su inspiración ecológica.

Podemos medir con precisión la capacidad de Ortega para profundizar y comprender un problema biológico cuando le interesa extraer de él una idea filosófica. Afirma: «Cada especie tiene su escenario natural, dentro del cual cada individuo, o grupo de individuos, se recorta un escenario más reducido. Así el paisaje humano es el resultado de una selección entre las infinitas realidades del universo, y comprende sólo una pequeña parte de éstas. Pero ningún hombre ha vivido íntegro el paisaje de la especie. Cada pueblo, cada época, operan nuevas selecciones sobre el repertorio general de objetos «humanos», y dentro de cada época y cada pueblo, el individuo ejecuta una última disminución. Sería preciso yuxtaponer lo que cada uno de nosotros ve del mundo a lo que ven, han visto y verán los demás individuos para obtener el escenario total...». Esta afirmación de Ortega está enteramente inspirada por el libro de Uexküll: «Umwelt und Innenwelt der Tiere» (4) (Medio externo y medio interno de los animales), que él mismo cita puntualmente; y más precisamente, en la monografía de Uexküll sobre los movimientos natatorios de la medusa *Rhizostoma pulmo* (5), en la cual parece haber ampliado los conocimientos que le llevaron a la idea del medio vital, que divulgó en 1914 y 1915. Ciertamente, los conceptos científicos que Uexküll vierte en este trabajo de investigación son sencillos para un biólogo pero Ortega demuestra su alta capacidad intelectual para aprenderlos, comprenderlos, analizarlos, sintetizarlos, aplicarlos y valorarlos. Nuestro filósofo estudió el trabajo de Uex-

(3) Ortega y Gasset, J.: «Meditaciones del Quijote», *Ibidem*, t. 1, p. 322.

(4) Von Uexküll, J.: *Umwelt und Innenwelt der Tiere*, Berlín, 1911.

(5) Von Uexküll, J.: *Die Schwimmbewegungen von Rhizostoma pulmo*. *Com. Estac. Zool. Nápoles*, t. 14, 1894.

küll como lo habría hecho hoy un aspirante a colaborador del C.S.I.C., en el ejercicio de análisis, interpretación y valoración crítica de un artículo de investigación científica, extraído por un tribunal, de una revista especializada. Del perimundo de esta medusa las variaciones de presión son el componente principal del proceso adaptativo que le permite detectar «las cañadas acuáticas por donde pasan las nutritivas diatomeas» que le sirven de alimento. «Y como éstas desvían su camino cuando la densidad del agua cambia, conviene a la medusa percibir a tiempo las variaciones de presión. En efecto, el sencillo aparato nervioso de la medusa siente el cambio de presión, y al punto dispara su aparato muscular: la campana cristalina se cierra como un paraguas, y el animal asciende hasta ponerse al nivel de las sabrosas algas errantes». Ortega capta perfectamente esta maravillosa adaptación al medio; «se entiende al suyo, al escogido y creado por su sensibilidad». En este punto inserta la cita bibliográfica del libro y del artículo de Uexküll que le han inspirado el aprovechamiento filosófico de la lectura y prosigue: «...carece de sentido preguntarse si el hombre o la medusa están mejor adaptados al medio. Cada especie, merced a su sensibilidad, selecciona del mundo infinito un repertorio de objetos, únicos que para el animal existirán y que articulados en admirable arquitectura, formarán su contorno. Hay un mundo para el hombre y otro para el águila, y otro para la araña». No hay más que un paso de ahí a afirmar que «El cuerpo es sólo la mitad del ser viviente: su otra mitad son los objetos que para él existen, que le incitan a moverse, a vivir».

Veamos cómo Ortega llega, de la mano de la medusa de Uexküll, a una conclusión fundamental para su filosofía vital: «...para entender una vida... humana o animal, habrá que hacer antes el inventario de los objetos que integran su medio propio o, como yo prefiero decir, su paisaje (6). La aclaración (2), a pie de página, dice: «Desde las «Meditaciones del Quijote» -1914- intento propagar esta idea del medio vital que, con más o menos claridad, va imponiéndose a la biología. Así, en estas mismas páginas de «El espectador» y en la lectura hecha en 1915 ante el Ateneo de Madrid, «Meditación de El Escorial». (Espectador, VI, en este mismo volumen)».

Todo es transparente, claro y directo en Ortega, por eso nos hace tan fácil llegar a las raíces de su inspiración biológica. (Las raíces biológicas de Zubiri, dentro de la genética de su tiempo, son mucho más hondas y difíciles de descubrir).

Reconocida la importancia del medio biológico, veamos cómo lo concibe Ortega: «Medio biológico es sólo aquello que existe vitalmente para el organismo». No es el mundo físico-químico de la biología del XIX, porque «el mundo compuesto de átomos, de iones, de energías es indiferente a la vida. Los fenómenos vitales comienzan donde los fenómenos mecánicos concluyen. Ciertamente que una retina se compone de átomos, lo mismo que una piedra; pero cuando una retina ve una piedra, no es un átomo quien ve a otro átomo».

(6) Ortega y Gasset, J.: *Obras completas*, 2.ª ed., t. 2; Revista de Occidente, Madrid, 1950, p. 299.

▀ Cada especie extrae del mundo circundante una información diferente, por eso, dice Ortega, «no podrá hablarse de un medio único e idéntico».

▀ La impregnación ecológica de Ortega, a través de Uexküll, es tal que para él «La vida es, esencialmente, un diálogo con el contorno; lo es en sus funciones fisiológicas más sencillas, como en sus funciones psíquicas más sublimes. Vivir es convivir, y el otro que con nosotros convive es el mundo en derredor. No entendemos un acto vital, cualquiera que él sea, si no lo ponemos en conexión con el contorno hacia el cual se dirige, en función del cual ha nacido». La aplicación de estas ideas puramente ecológicas le lleva a considerar que «el paisaje humano es el resultado de una selección entre las infinitas realidades del universo, y comprende sólo una pequeña parte de éstas». «Cada pueblo, cada época, operan nuevas selecciones sobre el repertorio general de objetos «humanos», y dentro de cada época y cada pueblo, el individuo ejecuta una última disminución».

▀ El medio actúa de excitante; por eso «nuestros actos no son un efecto del «medio», sino que son libre respuesta, reacción autónoma». Y prosigue: «...la idea de causa y efecto es inaplicable a los fenómenos vitales, y, en su lugar, es forzoso hacer uso de esta otra pareja de conceptos: excitación y reacción».

▀ Para Ortega los hechos históricos son hechos biológicos. Sin embargo, sorprende cómo nuestro pensador rompe las ligaduras con la ecología al afirmar que «la única causa que actúa en la vida de un hombre, de un pueblo, de una época, es ese hombre, ese pueblo, esa época». La consecuencia que extrae es que «la realidad histórica es autónoma, se causa a sí misma. En comparación con la influencia que los españoles hemos tenido sobre nosotros mismos, el influjo del clima es estrictamente desdeñable». Reconoce, en cambio, la influencia del suelo y la reacción antropógena sobre la tierra, hasta el punto de afirmar que donde mejor se nota la influencia de la tierra sobre el hombre es en la influencia del hombre sobre la tierra». Para Ortega, en conclusión, el medio y los destinos históricos no guardan una relación causal inexorable, porque la vida, en palabras de Spencer, «es la progresiva adaptación de relaciones interiores a relaciones exteriores».

▀ Erróneamente Ortega creía que la circunstancia es caótica. Hoy sabemos que es una superestructura o conjunto de subconjuntos parcialmente ordenados que incluye algunos componentes aleatorios. Sin embargo, en el pensamiento orteguiano «determinadas convicciones radicales sobre lo que son las cosas y nosotros entre ellas» es lo que transforma la circunstancia caótica en una unidad (mundo o universo), que «es la solución intelectual con que el hombre reacciona ante los problemas dados, inexcusables que le plantea su circunstancia». El resultado es que «el hombre está siempre en el problema que es su circunstancia, mas, por lo mismo, forzado a reaccionar ante este problema, está siempre en una relativa solución». «Las cosas, en torno, no nos dicen lo que son». Tenemos que descubrirlo nosotros y esto «no es un aditamento superfluo y extrínseco» de la vida del hombre, «sino que, quiera o no, es constitutivo de ésta». Sucede que la sociedad, su cosmovisión, su idea de la vida y sus convicciones forman parte de nuestra circunstancia, por lo que «el pensamiento de la época... nos envuelve y nos lleva».

Para Ortega la historia no es «primordialmente psicología de los hombres, sino reconstrucción de la estructura de ese drama que se dispara entre el hombre y el mundo», porque «La vida es, por lo pronto, radical inseguridad... y vivir es precisamente tener que hacer algo para que la circunstancia no nos aniquile». En el pensamiento de Ortega y Gasset «Eso que llamamos naturaleza, circunstancia o mundo no es originariamente sino el puro sistema de facilidades y dificultades con el que el hombre-programático se encuentra».

La comparación entre clima atmosférico y clima histórico va precedida de un ejemplo zo ecológico, explicativo de cómo al variar la circunstancia hacia el pésimo el ser viviente se repliega hacia sus mínimos vitales (*vita minima*). La vuelta al óptimo, en cambio, lleva la vida a su plenitud. Una época histórica, dice, es un clima moral que valora y prefiere las cosas que le entusiasman. Si las preferencias ambientales de nuestra época coinciden con nuestro proyecto vital nuestra vida será fácil; si no, «nuestra existencia se malogra».

Como no hay ser humano sin contradicción Ortega concluye que «No escapamos a la circunstancia; ella forma parte de nuestro ser, favorece o dificulta el proyecto que somos» (7), olvidando que en la p. 123 de la lección X, párrafo 2, afirmó que «El hombre no forma parte de su circunstancia: al contrario, se encuentra siempre ante ella, fuera de ella y vivir es precisamente tener que hacer algo para que la circunstancia no nos aniquile».

Mi modestísimo homenaje a Ortega y Gasset consiste en subrayar cómo basó su filosofía vital en un libro de ecología, cuando la mayoría de los biólogos apenas prestaba atención a esta rama, entonces naciente, de las ciencias de la naturaleza, y cómo transportó los conceptos básicos de Uexküll al pentagrama filosófico, con admirable belleza literaria: «El hombre —dice Ortega, como condensación de su pensamiento ecológico— rinde el maximum de su capacidad cuando adquiere la plena conciencia de sus circunstancias. Por ellas comunica con el universo.

¡La circunstancia! *iCircum-stantia!* ¡Las cosas mudas que están en nuestro próximo derredor! (8).

(7) Ortega y Gasset, J.: *Ibidem*, t. 5, p. 467.

(8) Ortega y Gasset, J.: *Ibidem*, t. 1, p. 319.